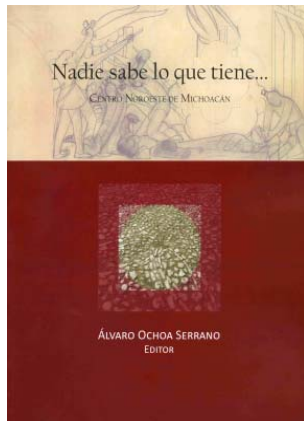


OCHOA SERRANO, ÁLVARO (Ed.) *Nadie sabe lo que tiene...*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán-Secretaría de Cultura-Fondo Editorial Morevallado, 2009, pp. 187.



El libro *Nadie sabe lo que tiene...* es una llamada de atención a tiempo para todos los michoacanos, con o sin responsabilidades públicas, sobre las terribles consecuencias de los procesos urbanizadores al vapor, y la concepción de una modernidad mal entendida, tal y como lo señala su editor, el Dr. Álvaro Ochoa Serrano, en la introducción de este volumen. Sus 187 páginas, divididas en tres secciones: *Natura y Cultura*, *El hogar común* y *Maderas y paredes hablantes*, así como los 10 textos de diversa índole que lo componen, acompañados de fotografías, dibujos, bocetos, pinturas, gráficas e ilustraciones

diversas, invitan a valorar y organizar con responsabilidad el aprovechamiento, goce y usufructo de los bienes naturales y culturales del centro noroeste de Michoacán. El libro también hace un urgente llamado para que estos bienes se transformen en reserva patrimonial del estado con la protección de leyes que efectivamente se hagan valer, con ciudadanos que los disfruten con responsabilidad a sabiendas del tesoro cultural, material y natural que tienen en sus manos. Este libro es una miscelánea, los tesoros que describe tienen un denominador común, son poco conocidos y el desconocimiento de su importancia los coloca en una situación vulnerable que amenaza su existencia, a tal grado que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos sólo lleguen a saber de ellos a través de los recuerdos de los viejos y de las ilustraciones y fotografías de libros como este. La lectura del libro nos invita a dejar nuestra comodidad citadina y descubrir que no es necesario trasladarse cientos de kilómetros o gastar cantidades exorbitantes de

dinero para tener un encuentro con la historia, la naturaleza, la cultura y el arte; con el pasado nebuloso de nuestras raíces indígenas y la cultura material producto del mestizaje.

La travesía comienza en los Chorros del Varal, municipio de Los Reyes. Atanacio Linares nos conduce hasta un paraje enclavado en una tierra donde convive una sociedad heterodoxa compuesta por lo menos por tres diferentes identidades: ejidatarios y peones, rancheros e indígenas. Las tres colectividades son dueñas de lo que Ramón Romero Barragán llamó la cascada más hermosa de México y Enrique Rivas Paniagua, en su breve y delicioso relato de viaje describió así,

de las paredes de una barranca se desprenden los incesantes chorros del subsuelo para caer, 60 metros abajo, sobre el arroyo encajonado... No se trata de un río que cae y sigue corriendo tan tranquilo, sino que la tierra decidió expulsar de sus entrañas el agua que se filtra en todo el valle, gota por gota, a una misma altura, como en un gigantesca coladera tajada verticalmente en la montaña... agua que aflora y resbala, que brinca en reducidos escalones y se evapora en arcoíris;... velo acuático de extrema finura que luego sube en oleadas de vapor... línea de humedad que se prolonga cien metros a lo ancho... (p. 35).

Las reflexiones de Atanacio Linares, fundamentadas en un análisis científico, alertan sobre el daño que ya se le ha hecho al ecosistema y propone soluciones viables y factibles, que de ser aplicadas ayudarán a salvaguardar por mucho tiempo la riqueza natural del entorno.

Fernán González de la Vara nos conduce al extremo noroccidental del Estado Michoacán, (conformado principalmente por los municipios de Marcos Castellanos y Régules-Cojumatlán, así como porciones de Sahuayo y Jiquilpan); después de pasar lista a las elevaciones, barrancas y ríos más importantes de la región, nos ofrece un interesante catálogo de marcas culturales que posee este desconocido paisaje: haciendas y rancherías ya desaparecidas de las que sólo quedan cercos de piedra y paredes de adobe, grabados tallados en antiguas rocas, signos tallados en duras piedras de origen basáltico, ¿estos signos llamados petroglifos datan de la historia antigua o colonial de lo que

hoy llamamos México? ¿Son relaciones secretas de bandidos? ¿Cuál es el mensaje que guardan?

González de la Vara confeccionó un itinerario que bien puede ser aprovechado por jóvenes sedientos de aventura, investigadores acuciados por la necesidad de reconstruir el pasado y autoridades preocupadas por preservar para su pueblo el legado de sus antepasados. He aquí la ruta de los petroglifos: se parte de la Barranca de la Gloria o El Aguacate, situada detrás de Sahuayo, en la boca de esta barranca yace dormido el Rincón de San Andrés, poblado indígena, con huertos y paredones aledaños que resguardan pinturas rupestres; o bien se puede comenzar a andar desde el Puerto del Rayo, entre la carretera entre Sahuayo y Cojumatlán, para de ahí ascender al Mogote de Victoria, contemplar la laguna de Chapala y visitar el caserío de Las Gallinas, donde ganaderos criollos conservan formas artesanales para fabricar quesos y productos de leche. De ahí a la Presa de la Raya, donde con suerte se avistarán conejos, liebres y correcaminos. La siguiente parada es el Cerro de la Caja, con bosque de encinos, sus refugios de águilas, gatos monteses, coyotes, algún puma despistado y venados en manadas; las barrancas resguardan –además de la flora y la fauna– grabados en paredones rocosos y cuevas o abrigos con evidencias arqueológicas –olotes quemados y piezas de cerámica– A unos kilómetros del Cerro de La Caja, aguarda el pueblo de San Miguel y sus singulares petroglifos. El arroyo del pueblo conduce a la Barranca de la Virgen, ahí –se afirma–, apareció una imagen de la guadalupana en la piedra, desde la misma se observa una poza rodeada de árboles, marca sagrada que atrae peregrinos de los cuatro rumbos cardinales; al unirse este arroyo al Río de la Pasión, en el fondo de la cuenca del plan de Aguacaliente podemos avizorar restos fósiles de fauna pleistocénica y puntas de flecha; ya estamos cerca del Paso Real, antiquísima ranchería colonial, muy cerca también los grabados de Juego de Barras, tumbas de piedra, cruces europeas del XVII; de ahí a la Barranca de la Breña, los cañones de San Pedro y el Izote, el Cerro de la Española y el Bosque Prohibido de los Laureles del que González de la Vara no revela su ubicación; la siguiente parada es en

el Cerro de Larios o Juruneo, el guardián de San José de Gracia, este cerro atesora petroglifos, sitios arqueológicos, zonas terrazadas, montículos, cerámica y lítica; hay ahí un antiguo asentamiento llamado Iglesia Vieja, plataforma de tierra y piedra con petrograbados, hogar de búhos, águilas, zopilotes y halcones. Y por si esto fuera poco, para rematar podemos encontrar tumbas de tiro en San José de Gracia; cerca de ahí, en Churintzio, encontramos terrazas y montículos, ¿vale la pena mencionar, para estimular al posible lector las piedras acanaladas, relacionadas con el culto al agua, que se encuentran ocasionalmente en Mazamitla, Penche Chico, La Estacada y el Terrero?

El doctor Álvaro Ochoa Serrano fijó su atención en dos sitios jiquilpenses de referencia histórica: el Otero y el desaparecido Campo de Aviación. Desde el siglo XIX, Ramón Sánchez y Manuel Anaya desarrollaron en la región una actividad arqueológica pionera, observaron vestigios prehispánicos –pequeñas pirámides o yácatas-, recabaron materiales, utensilios de barro, hueso, cobre, ónix, concha. En 1940, el propio Vicente Otero descubrió una yácata e inició excavaciones, Jorge Martínez Guerrero las continuó –auspiciado por los Cárdenas-; el interés presidencial desembocó en la creación del Museo Regional de Jiquilpan. Las exploraciones del Otero fueron difundidas dentro y fuera del país, Eduardo Noguera y el INAH sucedieron las labores de Jorge Martínez, comprobando que el lugar poseía “una serie de vestigios arqueológicos en forma de edificios, plataformas; tumbas y parapetos de muros, situados en las laderas oriente de la citada elevación... un completo sistema de edificaciones defensivas y ceremoniales en la parte superior de la misma” (p. 50), se encontraron ofrendas, una gran cantidad de objetos, algunos de ellos increíbles obras maestras. En 1942, cuando se iba acondicionar un campo de aviación, se encontraron algunos restos arqueológicos, Noguera descubrió “tres montículos que guardaban restos humanos, algunas toscas estructuras y objetos muy rudimentarios” (p.52). ¿Una cultura distinta a la descubierta en el Otero cómo lo planteó Noguera? ¿O contempo-

ráneas, “pertenecientes a diferentes estratos sociales”, como señaló el arqueólogo Otto Schondube?

Otto Schondube Baumbach nos narra el hallazgo fortuito de una tumba el 06 de Enero de 1978. Ubicada “en las inmediaciones de una granja agrícola y localizada al excavar una gran fosa para instalar una báscula para pesar camiones de carga” (p.53). Fue descubierta por accidente “... al excavar y emparejarse la pared oeste de la fosa, un golpe de pico perforó la parte inferior de la tumba. Los trabajadores ampliaron este hueco, penetraron a la tumba por su pared oeste y extrajeron tanto los restos humanos como las ofrendas que contenía” (p. 54). Se contaminó el hallazgo. Al no poder observarse los objetos –huesos y ofrendas- en su posición original. Nuestro editor logró fotografiar el lote completo. La tumba pertenecía al tipo de tumbas de tiro, características del Occidente de México, sobre todo en Colima, Jalisco y Nayarit. La tumba de “La Casita de Piedra”, es una variante en la que el tiro o pozo de acceso cae directamente en la parte alta de la bóveda. Variante que es conocida con el nombre de “tumbas de botella”. Fue la primera de ese tipo que se conocía en Michoacán. Habían sido encontradas otras en Nayarit y Colima, también en Panamá, Ecuador y Colombia. Debido a la forma en que se dio el hallazgo se desconoce “si su contenido fue depositado de una sola vez (lo que implicaría un entierro múltiple y hasta cierto punto sacrificio humano), o si fue usada varias veces a manera de cripta” (p. 59). Se fechó el entierro entre los años 500 u 800 d.C. La tumba de Jiquilpan puede ser un ejemplo de transición de las tumbas de tiro a las tumbas que consisten en fosas rectangulares.

Con una sucinta pero sólida introducción sobre el concepto e importancia de la tradición, Patricia Padilla amplía nuestra idea de la misma y resalta su importancia en la conformación de las personas y las comunidades. Nos introduce al mundo de la troje P’urhépecha, la misma que se remonta a la época precolombina. De la mano nos lleva a conocer la *kumánchikua* y el *ekuario* (solar que habita la familia purépecha), lo que resguardan, y la vida cotidiana que todavía ahí se desarrolla. El texto de Padilla es también un sólido acercamiento

historiográfico a las fuentes del siglo XVI que hablan sobre la importancia de la madera entre los purépechas antes e inmediatamente después de la invasión española, ya que como bien recuerda, la madera,

además de tener amplios usos en la construcción, era el combustible natural para mantener siempre el fuego de sus templos o *cues* en honor al dios *Curicacueri*. El *Cazonci*, antiguo rey *p'urhepecha*, disponía a los caciques de todos los pueblos a traer leña, e incluso, en circunstancias especiales el mismo hacía esta labor. “Trae leña para quemar en los cues, para dar de comer a los dioses celestes de las cuatro partes y al dios del infierno, harta de leña a todos cuantos dioses son” (p. 71).

Sabemos también cómo y qué hacía el carpintero *tecacha* con las variedades de madera de las que disponía. Exaltan nuestra imaginación las bardas de tablones que resguardaban la frontera purépecha en Taximaroa y el tratamiento al que se sometía la madera para que resistiera el contacto con el agua en canales, canoas y cisternas. Padilla resalta los posibles usos de la troje purépecha, revela sus nombres originales y la diversidad de sus tipos: *maritas*, *cumy*, *tsirimba*, *tziriqua*, así como sus respectivos equivalentes en náhuatl, como el *cuexcomate* y el *cincolite*. El núcleo duro de la tradición mesoamericana, sustrato cultural común a todos los pueblos de la región y más allá de ella, tuvo también sus manifestaciones en la casas y graneros purépecha y náhuatl. Por tanto no debe extrañar encontrar *trojes*, *maritas* o *cuexcomates* en Chihuahua, Morelos, Nayarit y Tlaxcala, por lo menos en cuatro culturas distintas: mogollón, náhuatl, purépecha y otomí. La comparación entre las láminas de la *Relación de Michoacán*, *El Códice Florentino* y otras fuentes, corroboran las afirmaciones de Padilla, así como las fotos de diversos graneros indígenas tomadas en sitios diversos durante el siglo XX. La autora cierra su artículo con una ferviente exhortación a mantener la tradición ante los embates de una modernidad que todo lo homogeniza en función de sus intereses mercantiles.

En el más puro estilo de la historia regional, sólidamente vigorizada por conceptos teórico metodológicos antropológicos, Sergio

Zendejas nos ofrece un interesante panorama del cambio en la cultura material en Ucácuaro, municipio de Ecuandureo, de 1925 a 2006. Las modificaciones en viviendas, muebles, vestimentas, aperos de labranza, maquinaria agrícola, talleres y herramientas, fusiles, animales, formas de preparar la comida, hábitos de higiene y limpieza y vehículos de transporte, dan cuenta del paso de este pueblo por su historia y nos informan sobre los modos en que se ha relacionado y adaptado a la realidad que lo circunda. Enclavado en el municipio de Ecuandureo, Ucácuaro tejió su historia, se abrió al mundo y fue al mundo. Pueblo transfronterizo, hizo del caballo y otros objetos aquí descritos, *ese conjunto de expresiones materiales de las relaciones sociales* establecidas por los ucacuarenses entre sí y otros grupos, expresiones materiales que Zendejas identifica como cultura material.

Por su parte, María del Carmen Rodríguez nos invita a conocer un pueblo de solares tristes. Situado a 29 kilómetros de su cabecera municipal, ubicado en la zona suroeste de la Sierra Volcánica Transversal, conocida como la Meseta Tarasca y Sierra de Uruapan está Zacán. Un pueblo cuya idiosincrasia, modo de vivir y construir, ha sido forjado por su enclave geográfico, la naturaleza y el paisaje. Tierra que ofrece y se da, que defiende su arraigo, dueña de moradores con un dejo soñador y melancólico, espíritu arrobado por la música y la pintura. El pueblo de Zacán articuló su vida en torno a La Iglesia y la Guataperera u Hospital, no sólo como una imposición occidental, sino también como una reinención de su realidad. Organizado en cuatro barrios: San Nicolás, San Lucas, La Candelaria y La Natividad, Zacán posee una historia que debe ser contada en tres tiempos. El tiempo de "*El pasado pasado*", con su origen a la llegada de las órdenes religiosas franciscana y agustina, con el hospital como eje de la convivencia social; el tiempo de "*el más antes*", refiere lo sucedido hasta antes de la erupción del Volcán Parícutín, es la tradición oral y el recuerdo de los abuelos y los tíos; y el tiempo del *más antes*, que "representa el pasado más próximo a un acontecimiento que cambió sus vidas y modificó sus tradiciones, este hecho es el parteaguas para el pueblo de Zacán ya que a partir de ahí se cuenta la historia y lo que está

detrás de este acontecimiento, es decir el *pasado pasado* o acontecer histórico” (p.146). El imaginario religioso de la Iglesia Católica sigue vigente, ¿es prueba suficiente las más de 18 fiestas religiosas, que conformaban el año litúrgico zacanense?

8 de Diciembre, celebración de la Inmaculada Concepción. 1 de Enero, Circuncisión del Señor; 6 de Enero, día de la Epifanía; 2 de Febrero, día de la Candelaria. Domingo de Ramos, Semana Santa, Pascua o Resurrección del Señor, Miércoles de Ceniza, Sábado de Gloria y Pentecostés. 03 de Mayo, día de la Santa Cruz, *Corpus Christi*, 29 de Junio, San Pedro y San Pablo; 29 de Julio, La Magdalena; 15 de Agosto, Asunción de la Virgen María; 30 de Agosto, Santa Rosa de Lima; 10 de Octubre, San Nicolás Tolentino y 17 de octubre, San Lucas. La tradición religiosa de Zacán se vigoriza con el mito, tal y como lo confirma la narración de la llegada de los Cristos de la Salud, de la Misericordia y del Santo Entierro. En el tiempo actual, los domingos, en la pascua semanal, siguen participando los miembros del hospital. La religiosidad popular pervive a través de cantos religiosos, sermones, rosarios, maitines, pinturas y toda la parafernalia en torno a todas las festividades religiosas: imágenes de madera, listones, moños, formas, colores, figuras, cuadros plásticos, carros alegóricos, andas llenas de papel de china y popotillos de plástico. Estos elementos denotan una cultura tangible a pesar de los vaivenes en la tradición. La Iglesia de San Pedro Zacán y la Guataperera siguen siendo el lugar de encuentro espiritual de los zacanenses.

Jesús Ernesto López Argüelles nos ofrece dos textos de características similares, ambos están impregnados por la historia del muralismo mexicano y las actividades de sus grandes exponentes en territorio michoacano. No obstante, los protagonistas de los mismos no son José Clemente Orozco, Fermín Revueltas y Roberto Cueva del Río o las obras que realizaron. Coprotagonista de la historia que cuenta López Argüelles es el general Lázaro Cárdenas, no sólo como mecenas de los artistas a los que encomendó trabajos, sino incluso como copartícipe en la concepción de los mismos, y autor de los mensajes que debían transmitir al pueblo de México, sobre todo en los trabajos que aquí se

describen de Fermín Revueltas y Roberto Cueva del Río. En Jiquilpan, un antiguo santuario dedicado a la virgen de Guadalupe, posteriormente transformado en la Biblioteca Pública Gabino Ortiz, resguarda un trabajo mural del artista jalisciense José Clemente Orozco. La primigenia Casa de ejercicios para la Asociación Hijas de María Inmaculada derivó en un Santuario a la Virgen de Guadalupe, abierto al culto el 12 de diciembre de 1919. Clausurado durante el conflicto Estado-Iglesia, abrió sus puertas como Biblioteca Pública en 1941, gracias a las gestiones del General Lázaro Cárdenas y a los trabajos del muralista José Clemente Orozco. Cárdenas emerge del texto de López como un presidente sensible al arte y a la relevancia del mismo en la educación del pueblo y en la conformación de su identidad nacional. Es un presidente que se esfuerza por “dara su ciudad una obra que la pusiera en el mapa internacional”. Justino Fernández dio a conocer los murales a través del semanario *Hoy* en febrero de 1941; Carlos Mérida haría lo propio en 1943, en una guía turística; ante la anarquía de nombres con que cada fresco ha sido llamado, la importancia del texto de López radica en rescatar la visión y opinión de Orozco. La obra está compuesta por 10 frescos, 8 paneles realizados en tonalidades de grises y con toques de rojo y dos policromos, el principal ubicado en el ábside y el otro en la entrada del inmueble. La correspondencia entre Cárdenas y Orozco muestra a un presidente aficionado a la obra del pintor y a éste –mortal al fin– preocupado no sólo por el feliz término de la obra, sino también por su merecida remuneración económica.¹ Orozco envió a Cárdenas un informe detallado de la conclusión de la obra el 12 de Noviembre de 1940, ahí la define como una pintura alegórica, decorativa, y con un estilo determinado

[...] por el deseo que ha animado a los pintores desde hace más de quince años, [...] crear una pintura profundamente nacional, arraigada en nuestro origen de cultura necesariamente, pero a la vez como un cuerpo vigoroso,

¹ La obra habría costado \$ 13, 000.00.

parte integrante de nuestro actual modo de ser y de sentir, fiel expresión de nuestra historia, de nuestra vida diaria, de nuestros deseos y ambiciones, de nuestras costumbres, vicios y virtudes. Mi mejor deseo será contribuir a tal creación, tan necesaria para fijar e imponer nuestra personalidad como pueblo (p. 166).

En el segundo texto el general Cárdenas aparece como absoluto protagonista. No sólo es un mecenas, -en el mejor sentido que pudiera tener esta palabra-, sino es un hombre de Estado sensible al patrimonio cultural de México al que se empeña en rescatar de las garras de la destrucción y el olvido. Fermín Revueltas², integrante de la primera generación de muralistas³, fue comisionado para decorar La Quinta Eréndira, la casa del general Cárdenas en Pátzcuaro, la misma que se convertiría en biblioteca. Revueltas proyectó un conjunto mural sobre escenas de la Conquista, para los interiores de la Biblioteca Eréndira de Pátzcuaro. La obra se habría ejecutado entre 1930 y 1931. Revueltas murió en 1935, al decidir remodelar el edificio en 1938, el general Cárdenas para no perder los murales fruto de los trabajos de Revueltas, mandó llamar a Roberto Cueva del Río⁴. Le encargó realizar una copia en madera de los frescos y un mural de su autoría el que se encuentra en el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina (CREFAL). ¿Qué había en los frescos de Revueltas? "...escenas alusivas a la antigua organización política y social que imperaba en la zona de Michoacán durante el periodo prehispánico y cómo el poderío militar español logró someter a sus habitantes" (p. 178).

² Hermano del compositor Silvestre Revueltas y el escritor José Revueltas. Entre sus obras destacan: *Alegoría de la virgen de Guadalupe*, *Paisajes de Pátzcuaro*, *El congreso de Apatzingán*, *El fusilamiento de Gertrudis Bocanegra*...

³ Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Jean Charlot, Roberto Montenegro, Fermín Revueltas, Alva de la Canal.

⁴ Puebla 1908-México 1988. Pintó los frescos de la embajada de México en Washington, pintó en varios estados de la república; en Michoacán, decoró el Teatro del Pueblo, Quinta Eréndira y mirador del Cerro Colorado en Pátzcuaro, escuelas, el salón de sesiones del congreso local, la galería de michoacanos ilustres para el Palacio de Gobierno en Morelia, etc.

Cárdenas tuvo injerencia en la obra del artista, en su correspondencia Cueva del Río le informó al presidente que días antes le había remitido “algunas fotografías de los trabajos de la Quinta Eréndira y el fresco ya corregido con sus acertadas indicaciones...” Se trataba de dos obras distintas, “en 1938 Cueva del Río ya había decorado la biblioteca de La Eréndira con el tema homónimo y además al año siguiente llevó a cabo la copia en madera de las pinturas del artista [Fermín Revueltas]” (Id.). El mural de Cueva del Río se ubica en la Sala de Banderas del establecimiento,

el fresco está realizado en tonos de grises y gira en torno al tema de la Eréndira, la heroína purépecha que “montando como una dama a mujeriegas, y cubierta de hombros a tobillos, lejos de mostrarse en actitud combativa va en fuga, sujetándose de la crin de un caballo que se dirige a galope tendido, sin brida, hacia el bando amigo. A su espalda con rostro amenazante y deshumanizado por un tono gris verdoso, los enemigos indios y españoles de a pie y a caballo” (p. 179).

La pregunta lógica y acuciante es, por tanto, ¿dónde quedaron las copias sobre madera de las pinturas michoacanas de Fermín Revueltas? No develaré el enigma, me parece que ésa es una razón más para leer el libro.

A mi juicio, la importancia de *Nadie sabe lo que tiene...* radica en el llamado necesario y urgente que hace a la sociedad para que conozca su pasado remoto y reciente. Si bien, en ocasiones los autores abusan de cierto lenguaje academicista plagado de tecnicismos que pueden alejar al lector común no especializado, el texto conserva su atractivo gracias al apoyo que le brindan la generosa cantidad de ilustraciones, fotografías, dibujos y bocetos que lo acompañan. Dicen que nadie ama lo que no conoce. Visitemos y valoremos pues los Chorros del Varal, los petroglifos y vestigios arqueológicos del occidente michoacano, la troje en la zona purépecha, la guatapera y el pueblo de Zacán, la cultura material mestiza de Ucácuaro en el municipio de Ecuandureo, los murales de José Clemente Orozco en la Biblioteca Pública de Jiquilpan, la obra de Roberto Cueva del Río en Pátzcuaro

y de Fermín Revueltas, -si es que dan con las copias de sus pinturas hechas en madera-. A esta lista, podrían agregarse numerosos ejemplos de cultura natural, material e intangible, que debemos resguardar como michoacanos y mexicanos, entre otras cosas, para que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, algún día no nos reprochen conocer estos tesoros culturales y naturales sólo a través de los libros.



Cruz Alberto González
Maestría en Historia
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo